

Forces of Habit: Drugs and the Making of the Modern World

DAVID T. COURTWRIGHT, CAMBRIDGE (MA) – LONDRES, HARVARD UNIVERSITY PRESS, 2001, 277 PP.

ANDRÉS LÓPEZ RESTREPO

PROFESOR DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y RELACIONES INTERNACIONALES, IEPRI, DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA.

David Courtwright es un profesor de la Universidad del Norte de Florida. En años pasados, publicó dos libros sobre la historia de la adicción a las drogas en Estados Unidos. Ahora, con este nuevo libro, *Forces of Habit: Drugs and the Making of the Modern World*, se enfrenta con una tarea más ambiciosa, cual es narrar y explicar cómo se descubrieron, explotaron y comercializaron las principales drogas, legales e ilegales, consumidas en el mundo contemporáneo. Courtwright dice que uno de los principales eventos de la historia mundial es la revolución psicoactiva propiciada por la revolución comercial que tuvo lugar entre los siglos XVI y XVIII, y la cual le ha permitido al hombre, gracias a la aparición de una variedad abundante de medios más potentes para alterar su conciencia ordinaria, alcanzar una vida de continuo y variado placer. El libro es de sumo interés para los colombianos, pues pone en el mismo plano el princi-

pal producto legal de exportación de la historia de nuestro país, el café, con las drogas ilícitas que están en la base de los principales sucesos de lo que ha ocurrido en Colombia en las dos últimas dos décadas. Es un libro documentado y bien escrito, que ojalá fuese traducido y divulgado ampliamente. Entre tanto, quisiera registrar los principales argumentos del autor.

El libro está dividido en tres partes que analizan, en su orden, la aparición de las drogas, su relación con el comercio, y las políticas de que han sido objeto. La primera parte, denominada "La confluencia de los recursos psicoactivos", muestra cómo algunas drogas psicoactivas llegaron a ser producidas y consumidas en todas partes del mundo, en tanto que otras tuvieron menos éxito. Las drogas más usadas en el mundo contemporáneo son, en su orden, la cafeína —que está presente en el café, el té y la cola, en tanto que el principal alcaloi-

de del cacao, la teobromina, tiene una estructura molecular y un efecto estimulante similares a los de la cafeína—, el alcohol y la nicotina. Aquellas en las cuales primero piensa la gente cuando oye la palabra "droga", el opio, el *cannabis* y la coca, tuvieron menos éxito que las tres primeras, y eventualmente fueron sometidas a restricciones y prohibiciones globales. De todas formas, siguen siendo mercancías muy rentables, y decenas de millones de personas las usan de manera cruda o en forma concentrada, en productos como la heroína, el *hachís* y la cocaína. Unas y otras, las tres principales y las tres menores, se extendieron a todo el mundo después del año 1500. Por otra parte, docenas de plantas con características psicoactivas atractivas y que eran consumidas desde hacía tiempo en algunas regiones no tuvieron el mismo éxito. Es el caso de la kava de Oceanía, el buyo o betel, que es consumido

en países situados en las costas del Océano Índico y el Pacífico occidental, o el cat de África oriental y la península arábiga.

La diferencia en la difusión de las drogas se debe a los europeos occidentales. Y las causas de que los comerciantes, colonizadores y marineros de Portugal, España, Holanda, Inglaterra y Francia favorecieran a unas drogas sobre otras son varias. Las principales son de tipo logístico: las drogas que triunfaron compartían características como una larga vida útil, facilidad de envío y costo asequible. También intervinieron otro tipo de consideraciones. Como cristianos, sospechaban de los atajos químicos para alterar la conciencia, y su rechazo fue particularmente notorio hacia las (muchas) drogas alucinógenas asociadas con los rituales amerindios, las cuales consideraron instrumentos del diablo y obstáculos para la conversión. La única excepción fue el tabaco, que era empleado en diversos rituales, pero que tenía tal ubicuidad y diversidad de usos, que desbordó a quienes expresaron reservas frente a la planta. Además, el tabaco no necesariamente producía alucinaciones, sobre todo si se consume la variedad *Nicotiana tabacum*, menos potente que la *Nicotiana rustica*.

No se puede descartar que una planta psicoactiva cuyo consumo es limitado en el presente llegue a globalizarse en el futuro. De hecho, en décadas re-

cientes algunas drogas regionales han ampliado su alcance debido a factores como la emigración de consumidores, las crecientes facilidades de transporte, y la popularidad de productos naturales que contienen suplementos basados en hierbas. Sin embargo, esas drogas perdieron la ventana de oportunidad histórica que estuvo abierta entre finales del siglo XV y el siglo XIX, y que desde entonces se está cerrando rápidamente. Por tanto, si una planta psicoactiva no consiguió ser cultivada y consumida globalmente para fines del siglo XX, es poco probable que tenga éxito en el XXI. La principal fuente de novedades psicoactivas en el último siglo ha sido la introducción de drogas sintéticas por parte de compañías farmacéuticas multinacionales, y esta tendencia debe mantenerse en el futuro. Estas drogas sintéticas no sólo producen efectos similares a las drogas de origen natural, sino que son superiores desde el punto de vista de su concentración, potencia, costo y gusto. De otra parte, es poco probable que en el futuro las drogas que han tenido éxito mundial vuelvan a ser fenómenos puramente locales, ya que el consumo de drogas se refuerza por razones biológicas y culturales. La historia de las drogas es esencialmente una historia de expansión, en la cual el principal impulso lo han dado el cam-

bio tecnológico y la empresa capitalista. Y por ello, los esfuerzos de control de las drogas tiene más que ver con contención que con retroceso.

La segunda parte del libro, "Drogas y comercio", estudia las drogas como mercancías, en su doble papel de productos médicos y recreativos. Ninguna de ellas tuvo un éxito popular inmediato, y todas fueron consideradas en un principio como medicinas exóticas, de interés únicamente para los especialistas. Incluso el tabaco y el alcohol destilado fueron considerados como beneficiosos para la salud en un principio. Sin embargo, una y otra vez, las nuevas drogas rompieron las cadenas del discurso y el control médicos, y escaparon al terreno más amplio del placer y el riesgo popular, dando lugar a controversia pública y generando la intervención estatal. La forma de este proceso es siempre muy similar: algunos pacientes, casi siempre hombres jóvenes solteros y urbanos que desconocen los efectos negativos de las drogas, empiezan a consumirlas por placer y las recomiendan a otros, aconsejándoles persistir aun cuando la droga produce malestar la primera vez. Este proceso tiene lugar en los países desarrollados, donde se crean patrones de uso recreativo que luego se expanden al resto del mundo. Al final, las tasas de adicción más altas se encuentran en los países y regiones

más cercanos a los puntos de producción o tránsito de una droga. La principal razón para la adicción es la exposición: si una droga no está disponible, no habrá abuso de ella. Así, a partir del uso médico, en una serie de reacciones en cadenas paralelas, se origina el uso extramédico, en un patrón similar al de las epidemias de las enfermedades infecciosas. Al final es necesaria la intervención estatal, si no para eliminar el abuso, al menos para controlarlo.

Durante el siglo XIX, cuatro desarrollos médicos aceleraron la revolución psicoactiva: el aislamiento y la producción comercial de alcaloides psicoactivos como la morfina y la cocaína, el descubrimiento y manufactura de derivados semisintéticos como la heroína, las drogas sintéticas como el hidrato de cloral, y el desarrollo de la medicación hipodérmica. Aunque no es claro el proceso por el cual cada droga psicoactiva particular afecta al cerebro, todas parecen simular los mecanismos naturales que generan placer. Sin embargo, el uso repetido de las drogas afecta la química natural del cerebro, que se vuelve dependiente del suministro externo de químicos. Si éste cesa, la sensación es de malestar. Esto es peor en el caso de los opiáceos, pero todas las sustancias psicoactivas producen síntomas de abstinencia físicos y psicológicos. Los consumidores, como dijo William Bu-

rroughs, entran en una trampa cuyo cebo es el placer. El mecanismo de esta trampa es la "inversión de efectos": los consumidores, que empezaron a usar la droga para sentirse mejor, no se atreven a parar por el miedo de sentirse mal. La adicción es una enfermedad del cerebro crónica y en la cual puede reincidirse con facilidad, pues incluso en aquellos casos de completa desintoxicación, el cerebro recuerda los atajos químicos al placer. No todo el mundo tiene el potencial de convertirse en adicto; de hecho, la mayor parte de la población tiene características innatas que le confieren inmunidad, tales como la intolerancia a ciertas sustancias, mientras que aquellos que tienen un fuerte superego o escrúpulos religiosos están menos inclinados a experimentar. Además, determinadas sociedades están menos inclinadas a tolerar el consumo de ciertas drogas.

Los adictos dan origen a una demanda relativamente inflexible. No es que los adictos estén dispuestos a pagar cualquier precio; al igual que otros consumidores, son sensibles a los precios, y si éstos suben mucho, buscarán sustitutos, reducirán su consumo o lo abandonarán por completo. Pero lo que caracteriza a los adictos es que están dispuestos a sacrificar más por aquellas sustancias que ansían. Esto es particularmente cierto en el corto plazo, mientras los adictos padecen el síndrome de abstinencia. Por esta

razón, las drogas están relativamente aisladas de los ciclos económicos y no están sometidas a la tiranía de la moda. Las marcas particulares y las modalidades de consumo van y vienen, pero una vez establecida la droga, su consumo se mantendrá en alguna forma durante muchas generaciones. Adicionalmente, los usuarios, adictos o no, tienden a desarrollar rápidamente tolerancia hacia las drogas, y necesitan aumentar el consumo para obtener los mismos efectos. Aunque el exceso de oferta puede reducir los precios, como ha ocurrido periódicamente con todas las drogas principales, es muy poco probable que la demanda se acabe repentinamente. Con muy pocas excepciones, los efectos de las drogas no sobrepasan las cinco o seis horas, lo que obliga a repetir la dosis. Está en la naturaleza del producto que los individuos liquiden continuamente sus inventarios personales y requieran más.

Las drogas no sólo satisfacen necesidades físicas y psicológicas individuales, sino que también ayudan al intercambio social, político y sexual. El café, el cannabis, el opio y el tabaco se consumen en compañía. La cultura determina el consumo de drogas, pero las drogas también determinan la cultura, inspirando todo tipo de prácticas sociales, desde los brindis hasta las interrupciones para tomar café. El cigarrillo y el alcohol han sido frecuentes compañeros del

romance y el sexo (pero aunque el alcohol aumenta el deseo, disminuye el rendimiento). Las drogas afrodisíacas aplazan la culminación, impidiendo la eyaculación prematura, pero el uso continuo de la mayor parte de las drogas no sólo lleva a la adicción, sino también a la impotencia. En su intento de mejorar un impulso, el hombre lo reemplaza por otro, artificial y costoso. En todo caso, las drogas también aumentan el placer de actividades distintas al sexo: el vino se asocia a la comida, el café al postre, la cerveza al juego, etc. Con frecuencia, drogas nuevas le quitan parte del mercado a las existentes, pero el mercado de las drogas no es un juego de suma cero. Hay también muchos ejemplos de nuevas drogas que acompañan a otras y mejoran o, por el contrario, contrarrestan sus efectos.

Las drogas tienen muchas ventajas para sus productores, entre ellas potencial adictivo, tolerancia, efecto pasajero, y atractivo social y sexual, y algunas como las anfetaminas y el tabaco sirven para controlar el peso. Pero tienen una gran desventaja y es que son bienes básicos, intercambiables por el producto de la competencia. La única forma en que los bienes básicos consiguen capturar una porción adicional del mercado es reduciendo los precios, lo cual disminuye los márgenes de ganancia. La presión implacable de la compe-

tencia es más grave en una industria como la de las drogas, en la cual los costos de entrada son modestos. Existen diversas formas de escapar de este infierno de los bienes básicos: controlando la producción y estabilizando los precios a través de algún mecanismo monopolista, creando marcas que mantengan la fidelidad de los consumidores con ayuda de la publicidad, mejorando el producto y reduciendo costos, o abriendo nuevos mercados. Particularmente exitosos han sido los fabricantes de cigarrillos, quienes consiguieron crear una industria global inmensamente rentable. Las corporaciones y carteles que manufacturan drogas han causado más de 100 millones de muertes prematuras durante el siglo XX, de las cuales 80 millones son atribuibles al tabaco.

Finalmente, en la tercera parte del libro, "Drogas y poder", el autor muestra las distintas formas en que el comercio de psicoactivos benefició a las elites comerciales e imperiales. Las drogas han sido usadas de diversas formas para aliviar, controlar y explotar la mano de obra. La profesión del soldado ha sido la que lleva con más seguridad al uso regular de drogas, ya sea para armarse de valor para el combate, o, con mayor probabilidad, para calmar el aburrimiento, la fatiga y la tensión inherentes a la vida militar. Por otra parte, las drogas inducen a realizar o facilitar trabajos que

en estado de sobriedad habrían sido rechazados. Es discutible hasta qué punto esto se debe al efecto de la droga sobre la química cerebral, o a las expectativas de determinada cultura sobre el consumo de drogas (por ejemplo, una borrachera puede excusar el mal comportamiento). El hecho es que el alcohol ha acompañado labores desagradables y peligrosas como enterrar los cadáveres de un campo de batalla. Una de las asociaciones más comunes y consistentes ha sido con la prostitución: desde finales del siglo XIX casi todas las descripciones de la prostitución insisten en el tema del alcohol y las drogas. Las drogas también han sido intercambiadas por sexo, bien dentro de una misma cultura —piénsese en los cigarrillos, el café y la Coca-Cola en la Alemania de posguerra—, o entre diversas culturas (es el caso del alcohol, que los europeos han empleado para acceder a las mujeres del Tercer Mundo). Y gracias al alcohol, los europeos obtuvieron una importante ventaja en las negociaciones con los pueblos nativos, propiciando la ruina demográfica y cultural de los colonizados.

El uso no médico de las drogas novedosas provocó mucho disgusto y represión en la primera mitad del siglo XVII, el siglo en que se originó la revolución psicoactiva. Sin embargo, para fines del mismo siglo los esfuerzos de supresión habían sido reemplazados

casi universalmente por el cobro de impuestos, muy necesarios en un período de formación de los estados nacionales. En el presente, los impuestos sobre el tabaco y el alcohol, al igual que los establecidos sobre la lotería y el juego, son muy regresivos pero constituyen una importante fuente de ingresos para el Estado. En algunas ocasiones, confrontados con niveles catastróficos de abuso, gobiernos como la Unión Soviética en 1985 pueden decidir que es preferible sacrificar ingresos con el fin de reducir el consumo. Pese a las ganancias en productividad, salud y moral pública que generan esas campañas, dos fuerzas tientan continuamente a los gobiernos a recaer: los costos sociales generados por el mercado negro y los ingresos fiscales.

La disyuntiva entre ingresos fiscales y bienestar público no es el único dilema inherente a los impuestos sobre las drogas. También es un problema serio hallar el nivel adecuado de imposición. Los impuestos altos estimulan la fabricación ilegal y el contrabando, y los bajos incentivan el consumo. Por otra parte, una tarifa puede parecer muy alta, pero si las tasas en los países cercanos son también elevadas, no hay mucho incentivo para el contrabando. El contrabando es más fácil cuando las drogas —o la mercancía en cuestión— pueden ser adquiridas a bajo precio,

transportadas a distancias cortas y vendidas rápidamente. El contrabando a larga distancia es más costoso y riesgoso, y por lo mismo menos tentador. En todo caso, no basta con legalizar las drogas para acabar con el mercado negro y lo que conlleva: manufactura ilegal, contrabando, desviación del producto legal para satisfacer la demanda ilegal, y violencia. Para ello sería necesario eliminar los impuestos sobre las drogas o fijarlos a un nivel muy bajo, pero esto significaría un gran estímulo para el consumo y la adicción. Si, por el contrario, se establecen impuestos altos y restricciones como la prohibición de venta a menores, el mercado negro persistirá, y su tamaño dependerá precisamente del nivel de las tarifas y el alcance de las restricciones.

Desde mediados del siglo XVII hasta fines del siglo XIX, la única preocupación de los gobiernos fueron los recursos generados por las drogas. Pero desde fines del siglo XIX, esos mismos gobiernos se mostraron cada vez más preocupados por el creciente comercio de drogas y su abuso. Finalmente, a principios del siglo XX, los gobiernos tomaron una decisión sin precedentes, y que constituye uno de los más importantes virajes de la historia, al crear un régimen de control internacional cuyo objeto era contener una próspera industria, la fabricación de narcóticos, regulando cada una de sus

etapas, desde que las materias primas entraban a la fábrica hasta su entrega a los consumidores.

Son cinco las principales fuentes de oposición al uso no médico de drogas. La primera es el daño directo que los usuarios se hacen a sí mismos y que producen a otros. El riesgo que supone la embriaguez para la salud de la persona y la consiguiente pérdida de utilidad social es un argumento propio de sociedades nacionalistas y totalitarias, que insisten en el deber que tiene cada individuo hacia el conjunto. En cambio, en las sociedades más individualistas este argumento sólo tiene peso en tiempos de guerra, y por ello cualquier forma de represión debe basarse en el hecho de que el uso de drogas afecta a otros, particularmente a inocentes. La segunda fuente de oposición es la preocupación por los costos sociales. Aunque es muy difícil estimar los costos sociales netos del consumo de drogas en términos de productividad, salarios, impuestos, etc., la convicción de que el abuso de algunas de ellas genera costos altísimos a la sociedad ha justificado diversas restricciones. La tercera fuente de oposición es la desaprobación religiosa. Aunque los alucinógenos hacen parte de muchos rituales tribales, la embriaguez inducida de forma artificiales rechazada por las principales religiones mundiales, que consideran que las drogas apenas remedan

la sensación de una verdadera experiencia mística, y prefieren transformar la conciencia con métodos más exigentes como la oración, el ayuno, la meditación y el ejercicio.

La cuarta fuente de oposición es la asociación de una droga particular con grupos desviados o despreciados. Debido a su carácter plural, la historia de Estados Unidos es rica en dichos casos: el alcohol fue asociado con inmigrantes católicos de clase baja, el opio para fumar con trabajadores manuales chinos, la heroína con delincuentes urbanos, y la cocaína con negros descontrolados, tras lo cual cada una de esas drogas fue objeto de legislación prohibicionista. El prejuicio no fue la única causa de esas prohibiciones, pero entre menos numerosa y más marginal la población afectada, más fácil es aprobarlas y mantenerlas. La quinta fuente es la percepción de que el consumo de drogas pone en peligro el futuro del grupo, sea una tribu, una nación o una raza. Las ansiedades con respecto a las drogas y el bienestar colectivo son más intensas en momentos de conflicto internacional, y frecuentemente se mezclan con preocupaciones sobre los jóvenes. Generalmente, la retórica antidrogas ha empleado una mezcla de argumentos que incluye más de una de las categorías anteriores, y a veces todas ellas. La forma particular que tomó esa mezcla varió de

país a país y de droga a droga, pero en todo caso la tendencia a la restricción y la prohibición fue mundial, y no el resultado de la acumulación casual de decisiones nacionales independientes.

Durante el siglo XIX, nuevas técnicas de producción y distribución permitieron abaratar la producción de drogas, estimulando su consumo. La gente y las ideas se movían más rápido y más barato, lo que contribuyó a la difusión de las drogas y de sus formas de consumo. Los empresarios empezaron a preocuparse por esta difusión, en particular por la del alcohol, que podía dar lugar a graves accidentes en las plantas industriales. Esos empresarios contaron muchas veces con el apoyo de obreros y líderes sindicales, quienes vieron en la abstinencia, o al menos en la moderación, un medio importante de alcanzar el autorrespeto y la independencia de los trabajadores. Así, la industrialización creó grupos influyentes para quienes el comercio irrestricto de drogas embriagantes era contrario a sus intereses, y que sirvieron de contrapeso a aquellos sectores cuyos intereses económicos estaban asociados a las drogas. El consumo de drogas permitía a los trabajadores mantenerse en trabajos rutinarios y manuales, pero era fuente de problemas en la industria. El creciente costo del abuso de las drogas manufacturadas se volvió así una contradicción fun-

damental del capitalismo mismo. Por otra parte, diversos desarrollos farmacéuticos, médicos y de salud pública redujeron las aplicaciones oficialmente reconocidas de las drogas embriagantes y aumentaron los temores sobre sus peligros latentes, al tiempo que dieron lugar al descubrimiento de drogas más seguras y confiables. Las tasas de morbilidad y muerte provocadas por enfermedades infecciosas declinaron rápidamente en la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, lo que redujo la necesidad del consumo de drogas, en particular de los narcóticos.

Durante el siglo XX ha habido una tendencia mundial hacia una regulación creciente de las drogas, que incluye mayores impuestos y sanciones más fuertes. Sin embargo, algunas drogas como la cafeína, el alcohol y el tabaco son legales, en tanto que otras como los opiáceos, la cocaína y la marihuana no lo son. El estatus privilegiado de la cafeína es el más fácil de explicar. Su uso moderado, aunque no exento de efectos adversos, no ha sido vinculado de manera convincente a enfermedades mortales, y tampoco tiene conexión alguna con el crimen o la violencia. Por el contrario, sus propiedades antidepresivas han prevenido suicidios, y sus efectos contra el sueño previenen accidentes al conducir por la noche. Además, ha generado muy poca oposición oficial y religiosa, con excep-

ción de los mormones. La cafeína es popular en todas las clases sociales, y genera empleo para decenas de millones de personas. En cambio, el alcohol es una droga muy adictiva y que genera un comportamiento profundamente antisocial. Y el tabaco, aunque no es embriagante en el mismo sentido del alcohol, es reconocido desde hace tiempo como adictivo y contrario a la salud. Los peligros de las drogas lícitas, en particular del alcohol y el tabaco, y las diferencias que hay entre el daño que producen las drogas y la política de que son objeto, ha producido acusaciones interminables de hipocresía e irracionalidad. La razón más obvia para el estatus privilegiado del alcohol y el tabaco es el tamaño y la importancia fiscal de su industria, muy superiores al de cualquiera de las drogas ilegales, y el número de sus consumidores. En la actualidad, unos 100 millones de personas dependen del tabaco para su subsistencia.

En cambio, el *cannabis*, la cocaína y otras drogas ilícitas constituyen un blanco fácil, incluso atractivo, debido a que la mayoría de sus consumidores pertenece a grupos marginados urbanos. Los adictos a la heroína y otras drogas ilícitas han caído en una trampa social: los empleadores no los contratan debido al temor de robos, accidentes y la posibilidad de demandas, por lo que permanecen desempleados y pobres, condición que

los empuja a consumir y traficar drogas. Paradójicamente, esto, que fortalece el consenso en torno a la prohibición, hace casi imposible su éxito, pues por cada mula o traficante arrestado hay varios dispuestos a tomar su lugar. Desde mediados de la década de 1970, comenzando con Nelson Rockefeller, los políticos estadounidenses descubrieron que los votantes reclamaban políticas duras contra las drogas y estaban dispuestos a pagar la cuenta. Pero la guerra contra las drogas se ha vuelto muy costosa y ha llenado las cárceles, al tiempo que la heroína y la cocaína siguen siendo baratas y fáciles de conseguir, por lo que han surgido dudas sobre la sabiduría y la justicia de esa campaña.

La forma más extrema de reacción ha sido el llamamiento a la legalización, pero ésta ha enfrentado una gran oposición por el temor al aumento de la adicción. Un enfoque menos radical es la reducción del daño, que incluye elementos como el énfasis en la reducción de la demanda en lugar de la oferta, la despolitización del abuso de drogas, la sustitución de las sanciones criminales por programas de tratamiento, la distribución de material para inyección, el mantenimiento indefinido con metadona, y menores restricciones sobre la marihuana, y posiblemente otras drogas. La amenaza del sida ha sido muy importante para los partidarios de la reducción del

daño, pues para impedir el avance de la enfermedad los encargados de la salud pública han abandonado la abstinencia como meta. Pero la agenda de la reducción del daño también ha enfrentado gran resistencia ya que los votantes prósperos, preocupados por el peligro que supone para sus hijos la marihuana y otras drogas ilícitas, exigen políticas inflexibles. La prohibición de las drogas produce grandes costos sociales, pero la mayor parte recaen sobre comunidades pobres. Claro está que no toda la oposición a la reducción del daño es producto de resentimiento, cálculo político o interés de clase. Algunos expertos en el tema del abuso de drogas consideran que la despenalización y el intercambio de agujas envía una señal inadecuada a los jóvenes, aumentando la posibilidad del uso experimental, y que la marihuana es mucho más peligrosa de lo que afirman sus partidarios y abre la puerta a drogas adictivas como la heroína y la cocaína.

Si los esquemas para moderar la guerra contra las drogas ilícitas han causado controversia, también lo han hecho los esfuerzos para acentuarla contra las drogas lícitas. Éste es el otro lado del gran debate de la política sobre las drogas en las últimas tres décadas. Muchas autoridades de salud pública y expertos en abuso de drogas consideran que el gobierno debería aumentar las regulaciones sobre el alcohol y el tabaco. Las

propuestas de este tipo son incompatibles con el tono libertario de la legalización, pero no con la reducción del daño. De hecho, muchos de los partidarios de la reducción del daño defienden una política de salud pública que trate de forma más equitativa las drogas lícitas e ilícitas, lo cual supone esfuerzos más intensos contra las drogas lícitas.

En el último tiempo, los reformistas han tenido éxito con el tabaco. La evidencia epidemiológica y científica ha establecido más allá de toda duda razonable que fumar es la forma de adicción más extendida y letal del mundo. Aunque, a diferencia del tabaco, al alcohol impide funcionar normalmente y su consumo produce accidentes de todo tipo, es menos vulnerable que el tabaco a una escalada reguladora en las sociedades occidentales, al menos en el futuro cercano. Una razón de ello es que, a diferencia de lo que ocurre al fumar, beber de manera moderada parece que

ayuda a prevenir varias enfermedades, principalmente cardíacas, y en todo caso no tiene consecuencias serias para la salud. Además, la humanidad también ha tenido una larga experiencia con el alcohol y ha desarrollado todo tipo de reglas y tabúes para reducir los riesgos, cuyo éxito es particularmente notable en culturas como la italiana y la judía. En cambio, no es posible integrar el tabaco de manera segura. Así, mientras que el alcohol sigue siendo muy popular fuera del mundo islámico, el consumo de tabaco ha declinado de manera apreciable, particularmente entre los grupos más educados de la sociedad; la concentración de su consumo entre los elementos más pobres de la sociedad, aquellos más resistentes a las sanciones y campañas de salud pública, incrementa la vulnerabilidad política del tabaco, de forma muy parecida a lo que ocurrió con los narcóticos hace un siglo. Los días de venta mediante receta

para el tabaco pueden no estar muy lejos.

Courtwright termina diciendo que cada vez es más evidente que los humanos carecen de preparación evolutiva para enfrentar diversas sustancias psicoactivas. La tecnología psicoactiva, como la tecnología militar, ha dejado atrás la historia natural. La cuestión es qué hacer al respecto. La respuesta, cualquiera que sea, no es volver a un mercado libre de drogas. El movimiento hacia la regulación, como casi cualquier reforma, estuvo motivado por el interés, fue contaminado por el prejuicio y su ejecución fue imperfecta, pero su premisa básica era correcta y humana. La tarea que sigue es ajustar el sistema, eliminando sus peores consecuencias y tapando sus lagunas más evidentes. Pero, reconoce el autor, esto no es fácil, particularmente en sociedades consumistas, caracterizadas por la búsqueda del placer.

